

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Eucaristía y vida - 11 La Comunión (III)

Comunión con el cónyuge. La segunda epiclesis después de la consagración expresa el deseo de que nosotros, en la fuerza del Espíritu Santo, formemos un solo Cuerpo. Eso no se realiza por la sola fuerza del sacramento, sino que supone nuestra propia acción. Exige nuestra apertura voluntaria al Espíritu para que Él pueda unirnos a ese Cristo que desde el altar se está ofreciendo como camino de comunión.

Tanto la Eucaristía como también el Reino del cielo se nos describen en la Biblia como un banquete de bodas. Pero para entenderlo bien, hay que haber experimentado qué es un banquete de bodas, unido a toda la fiesta y la luna de miel. Y si es de fundamental importancia, ver cómo prolongar la Eucaristía en la vida cotidiana, no es menos importante prolongar también la fiesta y la alegría de bodas. Porque una manera excelente de prolongar la comunión con Cristo es esforzarse por vivir plenamente la comunión con el cónyuge.

Prolongar la comunión conyugal. Ahora, ¿cómo podemos prolongar esa comunión con el otro? ¿Cómo vivir como en permanente fiesta de bodas, en comunión de luna de miel, para que nos sea más fácil prolongar la unión con el Señor de la misa?

Aquí podríamos decir muchas cosas que son importantes para cultivar la comunión conyugal. No son ideas nuevas, pero creo que es bueno recordarlas de vez en cuando y revisarse al respecto. Porque el problema nuestro no es que no sepamos qué hacer, sino que nos faltan la motivación, el tiempo, la convicción, las ganas para hacerlo.

La comunión de la misa es una unión de excepcional intimidad con Cristo. Y una manera de prolongarla o prepararla es viviendo la máxima intimidad con el otro. Y aquí tendríamos que revisarnos: ¿en qué momentos siento al otro lejano, a pesar de su cercanía física? ¿Y cuántas veces he tenido yo la culpa de ello?

Cristo en la comunión se nos entrega como se entregó en la cruz: con el costado abierto, con el corazón abierto.

Un corazón que no se guarda nada, que lo muestra todo, en que se puede meter la mano como Tomás. Cristo no se guardó ningún secreto, nos lo entregó todo. ¿Y nosotros, en la pareja, tenemos esa apertura mutua? ¿Dónde están nuestras reservas y qué cosas no compartimos? ¿Y por qué no las compartimos?

¿Cómo anda nuestro diálogo, el momento decisivo de la comunión conyugal? Su falta es la peor enfermedad matrimonial que carcome por dentro. Periódicamente deberíamos revisar nuestro diálogo: ¿cuándo dialogamos? ¿Por qué no dialogamos? ¿Cuáles son los obstáculos?

Aquí podemos recordar también que existe una diferencia entre varón y mujer: Las mujeres tienen una capacidad de diálogo mucho mayor que la del hombre. Además giran en torno a las personas, mientras que los hombres generalmente se interesan más por las cosas. Por eso, al varón le cuesta más darse, entregarse a sí mismo, dialogar.

La cumbre del diálogo es la unión conyugal. Debería culminar el diálogo que ya en palabras no puede expresarse. Es tal vez la experiencia humana más parecida a la comunión y la que más les puede ayudar a prolongar o preparar bien la comunión eucarística. De allí la importancia de realizar ese acto con el espíritu en que Cristo se nos da: con la generosidad, el respeto, la apertura a la vida, con la conciencia de que es algo santo.

La comunión es comunión de fidelidad. Revisar también, cómo anda nuestra fidelidad. Cristo no se nos da una sola vez, sino que está siempre, todos los días ofreciéndonos la misma comunión, y no se cansa a pesar de nuestros pecados. Nosotros, ¿cómo andamos en esa fidelidad, en ese tener la mesa siempre puesta?

Todo esto ayuda a prolongar y preparar la comunión con Cristo en la misa. Una auténtica comunión conyugal es uno de los mejores caminos hacia la Eucaristía.